

El acercamiento a la realidad cultural e identitaria castellana se fundamenta en la relevancia de la región a nivel histórico y en cómo ha dispuesto su carácter a través del tiempo: “La base étnica de los castellanos es celtíbera. Son personas de espíritu reflexivo, austero, y el honor, cosa básica interna, innato” (16). Con estas palabras José Sánchez Romero resumía algunos de los rasgos esenciales de los pobladores de Castilla y condensaba siglos de invasiones, colonizaciones, aculturamientos e hibridaciones sobre suelo castellano. La reflexión e introspección, así como el carácter austero, sobrio, en numerosas ocasiones tildado de seco, frío y distante, convivían con la primacía del honor, no siempre bien entendido, y todo esto sumado configuraba el modo de vida castellano. En relación a esta utópica intención de perfilar, limitar y concretar el llamado carácter castellano, es notable añadir que el estoicismo del que tanto se ha hablado, en especial durante el siglo XX, es parte de los arquetipos asignados a Castilla y a los castellanos como elemento integral de su carácter, sin más cuestionamientos ni discusión. Ancha es Castilla, bien cierto es, pero quizá no tan plana como se aduce y las facetas del espíritu castellano gozan de bastante más diversidad de la que se quiere aplicar simplificando y generalizando en demasía el multiperspectivismo de Castilla. Este libro definitivamente arroja cierta luz sobre un tema de sobra asentado y que merece algo más de discusión, a juzgar por los ejemplos aquí tratados. Ya Miguel Delibes representaba los múltiples registros y personalidades de los sujetos que formaban Castilla: “Las voces aparentemente elementales de un pastor, un caracolero, unos modestos labradores, un molinero, un capador, un piñero, etc., aparte su riqueza de expresión, que he procurado conservar intacta, apuntan con frecuencia sabiamente a los ancestrales problemas de Castilla y León” (Delibes [Habla] 9). Este autor también planteaba los problemas endémicos de la zona: la sequía, la pobreza del suelo, el individualismo, la despoblación, el envejecimiento o la desconfianza; por nombrar algunos en los que Delibes ponía especial énfasis y que también forman parte del carácter castellano, lo marcan y así lo reflejan las obras primarias que tratan los críticos que en este volumen se reúnen a reflexionar sobre lo castellano y que, en mayor o menor medida, recogen parte del sentimiento nostálgico de una región venida a menos: “La menesterosidad, en suma, de una región que en el pasado alumbró mundos y que hoy se nos muestra achacosa, mal comunicada,

pagana de un incipiente desarrollo, siquiera la incompreensión periférica haya venido considerándola en el último medio siglo, como expresión del centralismo español” (Delibes [Habla] 9). Es decir, la nostalgia y algún rastro de ilusión por retornar a un pasado mejor, han quedado relegadas por la dura realidad de la zona que convierte en quimeras ese pasado y que se da cuenta de que la nostalgia se convierte en una melancolía amarga al saber que la tendencia decadente de buena parte de los problemas ante los que alarma Delibes no tornará.

Lo que parece indiscutible en cuanto al carácter castellano es que su conexión con la tierra es difícilmente separable y las planicies centrales de Tierra de Campos, al igual que las montañas que lo delimitan tanto por el norte como por el sur, marcan a sus gentes y, por lo tanto, a sus visitantes. Solo hace unos años que en 2012 se cumplió el centenario de la publicación de *Campos de Castilla* por Antonio Machado. Esta obra, más allá de ser central para la generación del 98, se erigió en simbólica y esencial para forjar en el imaginario colectivo la conceptualización de una determinada Castilla que claramente ha dejado un poso difícilmente salvable para cualquier estudioso que se acerque a la región y sus características. De tal forma, Pilar Celma Valero constata cómo la decadencia castellana se convertía en simbólica de la española: “Castilla representaba, mejor que ninguna otra región, el contraste entre ese presente depauperado y el pasado glorioso. De ahí surgió el mito: Castilla era la pobreza, pero también la nobleza y la austeridad, símbolo de la idiosincrasia española y, en consecuencia, fuente de reflexión y conciencia” (11). Este tema concretamente, el origen de la situación actual de Castilla y la sinécdoque que marca cómo Castilla y España han estado ligadas históricamente, y cómo esta conexión ha sido usada y manipulada con diferentes intenciones a lo largo del tiempo; será tratado, en mayor o menor medida, por los diferentes estudios que forman este compendio¹.

1 El carácter castellano ha estado marcado claramente por una dualidad amor-odio hacia lo propio, es decir, un apego claro hacia lo local y lo vernáculo, pero a la vez una sensación negativa a la hora de hacer propaganda y mostrar cualquier viso de prepotencia, rayando en la humildad. Este carácter humilde que, sin embargo, aprecia lo propio, ha estado conectado en diferentes etapas históricas a cierto orgullo mezclado con sentimiento patrio: “La expresión muy usual, “Españolismo” expresa más bien “la oposición al dictado extranjero” y la “estima de sí mismos” que tienen los españoles, *Españoles sobre todos*, que un verdadero amor al país” (Ford 19).

Uno de los principales planteamientos a la hora de compilar este volumen es la búsqueda de una definición de Castilla amplia y plural, desde el punto de vista panorámico e histórico, así como sus correspondientes implicaciones, pero también desde la perspectiva sincrónica de lo que es la región actualmente. Para hacer esto, se convierte en central para este proyecto la visión de los extranjeros que, libres de una serie de prejuicios, aunque marcados quizá por algún estereotipo, aportan su opinión y su experiencia en las manifestaciones culturales aquí analizadas. Parece obvio acercarse a conceptos supranacionales alejados de las fronteras físicas o políticas como tal, a la hora de comprender y delimitar el objeto de estudio y, por lo tanto, los textos de Homi Bhabha al respecto son un claro punto de partida. Las naciones, como las narrativas, pierden sus orígenes en los mitos del tiempo y solo se percatan plenamente de sus horizontes en la mente. La imagen de nación, y de narración, parece imposiblemente romántica y excesivamente metafórica, retomando las tradiciones de pensamiento político y lenguaje literario desde donde surge la nación como una idea sumamente poderosa en occidente (cf. 1). Los conceptos de región demarcada por sus características y más claramente formada por un discurso y una visión asociada a esta por parte del imaginario cultural, serán clave más que por los límites político-jurídicos establecidos². Este concepto simbólico y metafórico de una región en el que claramente Castilla encaja, sin embargo, parece un tanto limitado y no suficiente para comprender la verdadera dimensión de la zona, llevando la mirada lejos de las fronteras territoriales para identificar las redes socio-espaciales de poder local, nacional y global, que en su intersección configuran sociedades (cf. Castells 18). La conceptualización de redes, junto con sus conexiones de poder, configura sociedades y comunidades, envuelve más precisamente las ramificaciones del carácter castellano y, consecuentemente, su mejor descripción, que el simple discurso alrededor de una idea de región o nación como presentaba Bhabha. Las teorías so-

2 El poder de la imagen propicia que determinadas ideas, sociedades y comunidades estén representadas, sean conocidas por la mayoría y tengan el calado suficiente. En el momento contemporáneo la imagen es poder y en el caso de Castilla, no parece que se haya explotado este elemento de manera efectiva en la región. Las relaciones de poder basadas en la configuración de la mente humana a través de la construcción de un significado con símbolos e imágenes que calan en las mentes del colectivo, busca la creación del imaginario que articula la comunicación social (cf. Castells 193)

ciológicas modernas están formadas por intentos por definir sistemas socioculturales. Estos sistemas o redes y los fenómenos sociales que se producen en ellos aclaran el todo del que forman parte (cf. Bertalanffy 196). Es decir, Castilla más que una región con identidad propia, es un sistema que se expresa debido a la interconectividad de los diferentes aspectos que forman su red³.

Acercarse a Castilla como un sistema ayuda a comprender que la región es un todo, como un concepto vagamente metafísico que este estudio usa como acercamiento general a las visiones de Castilla desde una mirada extranjera (cf. Bertalanffy 37). De esta forma, las redes, que son la estructura básica de estos sistemas, son lo que los diferentes artículos descifran y aclaran a través de sus análisis. Estas redes están formadas por nodos, concretamente nodos de información que forman estructuras de comunicación superiores y que se han visto mejoradas debido a la tecnología. Castilla, desde la revolución industrial, ha quedado relegada a una segunda fila en cuanto al desarrollo tecnológico se refiere; estas estructuras de la comunicación aceleradas crecen alimentándose entre nodos y se autopromocionan como parte de su naturaleza. Así, esta evolución lógica no se ha producido para la región castellana, que no ha sido capaz de promoverse adecuadamente por la carencia de estos avances y por el carácter humilde, a la par que estoico que obstaculiza la propaganda propia (cf. Castells 20). Así que, hoy más que nunca, a través de estudios como este, se sigue buscando comprender mejor la formación, desarrollo y configuración de Castilla, más allá de la propia de la región.

Con este planteamiento abierto, curioso y plural sobre una región como Castilla, el volumen recoge artículos como los de Aníbal A. Biglieri, titulado “Castilla como región: reexamen del problema”, que se propone reexaminar el problema que presenta Castilla como entidad geográfica e histórica y cómo se han expresado a través de los siglos la

3 Los sistemas interconectados representan mejor el funcionamiento de regiones tan amplias con ese tipo de pasado como es la castellana. Las dinámicas sociales construidas alrededor de redes parecen disolver la sociedad como una forma estable de organización. El cambio histórico se conceptualiza como una nueva manera de organizar la sociedad creando configuraciones específicas de redes en un espacio multidimensional de interacción social (cf. Castells 19). El carácter multidimensional del espacio castellano y las interacciones sociales dentro y fuera de la región de los que están vinculados a la misma permiten desarrollar una concepción más precisa de lo que supone esta comunidad en el escenario globalizado actual.

identidad de la región (*Castilla*) y la conciencia e identidad regionales (*lo castellano*). En su primera parte estará dedicado a analizar el concepto de *región* en el contexto de la distinción propuesta por la geografía de orientación humanística entre espacios y lugares. Este trabajo trata en cuanto a la geografía física, concentrada en los *espacios*, cómo Castilla se limitaría a ser una entidad físico-natural, con prescindencia de las sociedades que la habitaron y la habitan. Para la geografía humana, en cambio, Castilla no es solamente la meseta con que se la describe tradicionalmente, sino que se va constituyendo multisecularmente como un proceso histórico en el cual las sucesivas sociedades castellanas se van desplegando como una construcción socio-cultural. Más adelante, Biglieri sienta las bases conceptuales que permiten responder a la pregunta de cómo teorizar la región castellana. En síntesis, el artículo busca aclarar cómo Castilla se constituye como una entidad geo-histórica, en el marco de un pensamiento relacional que estudia espacio, tiempo y sociedad en sus mutuas relaciones: cómo, por ejemplo, la meseta no es solamente una realidad geográfica, sino también el resultado de una “construcción” social cambiante y, en definitiva, producto de las “ideologías” que desde la Edad Media hasta el presente se han enfrentado con este problema y tratado de darle una respuesta. Todo esto se ve ilustrado por análisis específicos de sus límites geográficos y de las discusiones que ha provocado su nombre y su significado, así como los orígenes historiográficos de la región desde las crónicas medievales hasta hoy.

También trabajos como el de Mark Aquilano titulado: “Los mundos textuales de dos poetas genoveses en la Castilla Medieval”, se desenvuelven estudiando autores como el poeta lírico genovés Bonifacio Calvo del siglo XIII, que participó de una tradición trovadora que en su día cruzó las fronteras nacionales para convertirse en un fenómeno cultural mediterráneo. Dentro de esta tradición, se compromete en su discurso de las invectivas políticas a someter a la Castilla de su época a una mirada crítica que refleja su posición tanto de caballero con conexiones laborales temporales con la monarquía castellana, como de forastero parcial con fuertes lazos con Italia y el resto del mundo mediterráneo. La importancia de Calvo en la corte de Alfonso X (1221-1284, r.1252-1284) y su alto grado de seguridad en la misma, le permitió incorporar a algunas de sus redacciones un estridente discurso político que

cuestionó algunas de las decisiones en la política exterior del monarca. Aquilano trata de aclarar e interpretar la perspectiva italiana que Calvo añadía a la corte castellana de la época.

“Locos por Juana: Miradas extranjeras hacia la perpetua obsesión con la Reina Juana de Castilla”, de Stephanie N. Saunders, trata la figura de la reina Juana de Castilla, mejor conocida como “Juana la loca”, y cómo sigue generando un sinnúmero de teorías y especulaciones, tanto sobre la supuesta locura de la reina como acerca de su propia vida y su persona. A pesar de su reinado, dominado primero por la regencia de su padre, el Rey Fernando II de Aragón, y más tarde por la usurpación del poder por su hijo mayor, Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico, la perdurable fascinación por este personaje histórico no solo ha ofrecido mucho material histórico, sino también ha inspirado gran cantidad de obras literarias y reinterpretaciones. Saunders se centra en esta reina poco entendida que ha seducido a varios escritores internacionales: *El pergamino de la seducción* (2005) de Gioconda Belli (Nicaragua), *The Last Queen* (2009) de C.W. Gortner (Estados Unidos) y *Reign of Madness* (2011) de Lynn Cullen (Estados Unidos). Esta pieza comentará la reescritura de las leyendas asociadas con la reina Juana de Castilla desde un escenario globalizado, permitiendo un entendimiento plural de los miembros de la Familia Real como figuras icónicas en este acercamiento a la identidad castellana.

Otro de los trabajos, el de Thomas Deveny, se centra en “Ana de Mendoza, la leyenda negra y su identidad castellana: una revisión histórica en las novelas de Kate O’Brien, Aroní Yanko y Almudena Arteaga del Alcázar”. Este estudio se centra en la figura de Ana de Mendoza y de la Cerda, Princesa de Éboli, al ser la protagonista de varias novelas históricas españolas: *La Princesa de Éboli: Intriga en la Corte de Felipe II*, de Aroní Yanko (2000), *La Princesa de Éboli*, de Almudena Arteaga del Alcázar (2008) y la irlandesa *That Lady*, de Kate O’Brien (1945). El interés en esta mujer castellana se debe al misterio y la controversia de su vida en cuanto a unos eventos turbulentos a mediados del siglo XVI que la encajan dentro de la Leyenda negra: sus relaciones con Felipe II, con el secretario de estado Antonio Pérez y con Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, asesinado en Madrid en 1579. Este ensayo analiza cómo O’Brien indaga en la vida íntima de esta mujer, cómo se compara esta visión con la de las autoras españolas y cómo

estas novelas nos dan una nueva perspectiva sobre Ana de Mendoza para eliminar la leyenda negra sobre ella, humanizándola como mujer e invocando compasión en el lector por su sufrimiento. También se analiza cómo la historia castellana y la identidad castellana de Mendoza son factores importantes en la novela de O'Brien.

El artículo de Jorge González del Pozo, “Viajeros ingleses del siglo XIX a su paso por Valladolid, una visión del lugar y sus gentes”, aclara la posición de Castilla, como lugar y espacio, así como tierra en la que sus habitantes tienen fama de poseer un carácter frío y seco. Esta región ha sido camino de paso para muchos de los viajeros del norte de Europa, para llegar hasta Madrid o incluso para cruzar el país hasta las afamadas costas del sur que miran a África. El viaje es esencial para este trabajo y ha supuesto una forma de aprendizaje y de conocimiento para ser divulgado posteriormente en los textos literarios y los diarios de viaje; la larga tradición inglesa de exploración y narración consecuente no iba a dejar de lado a Castilla. Este análisis disecciona la literatura de viajes de varios aventureros y exploradores de las islas británicas en sus periplos por la península Ibérica, especialmente sus estancias en Castilla, concretamente en Valladolid, y aclara la interpretación que hacen de su paso por la zona, para analizar las particularidades tanto geográficas o urbanísticas como de carácter sobre la vida castellana en el siglo XIX. Este artículo se apoya en los textos de estos viajeros para desvelar las claves de la configuración castellana, física y psicológicamente, que forja los arquetipos y estereotipos sobre la situación y percepción de lo castellano.

El trabajo de Mahan L. Ellison se centra en los estudios coloniales, en su artículo “El último conquistador y el primer rey: África como heterotopía literaria en la ficción de Ángel Ganivet y Pío Baroja”, para comparar las novelas *La conquista del reino Maya por el último conquistador Pío Cid*, de Ángel Ganivet (1897) y *Paradox, Rey*, de Pío Baroja (1906). Las dos novelas emplean África como espacio en el cual los europeos buscan la aventura y la gloria y en el que intentan fundar sociedades ilustradas. Las dos también comparten una visión absurda de los resultados de aquella misión civilizadora. Estas obras de Ganivet y Baroja sirven como reflexiones de la colonización europea y la pérdida de las colonias americanas en 1898. Sea con el último conquistador Pío Cid y su Reino Maya o el primer rey de Uganga, Silvestre Paradox, Ganivet y

Baroja critican la narrativa oficial y colonizadora de su época. Mientras que estas dos obras participan en la narrativa africanista, también subvierten el entusiasmo de la misma a través de la sátira y la hipérbole. Las visiones cuasi-absurdas de Ganivet y Baroja emplean África como una heterotopía metafórica para hacer críticas de la visión de España, concretamente de Castilla, tras la crisis del fin del siglo.

Por otra parte, Adolfo Campoy-Cubillo se plantea en su estudio “Íberos republicanos: Discursos nacionalistas y anti-imperialistas a finales de siglo”, el impulso imperialista de Castilla y cómo se convirtió en una de las metáforas con la que los *Africanistas* predicaron la regeneración de España. La reaparición de Castilla fue recibida inicialmente con desconfianza por los incipientes nacionalismos periféricos en la península. La articulación política de estos nacionalismos durante estos años les llevó a posicionarse a favor o en contra del impulso imperialista que se había asociado con Castilla. Los nacionalistas catalanes en los que se centra el artículo de Campoy-Cubillo, asociaron sus peticiones de soberanía a la autoridad moral del movimiento abolicionista. El apoyo al abolicionismo, sin embargo, no fue exclusivo de los nacionalistas periféricos como tampoco significaba la condenación del colonialismo como así indica el caso de Joaquín Costa, miembro activo de la Sociedad Abolicionista Española. La intersección entre los discursos antiimperialistas, nacionalistas y abolicionistas durante este tiempo se convirtió, como consecuencia, en una compleja amalgama de posiciones donde agendas nacionalistas unas veces ayudaron a la causa del anti-imperialismo y abolicionismo y otras veces lo obstaculizaron. Al considerar la imagen histórica de Castilla, es importante recordar que tal imagen no existe en el vacío. Si el nacionalismo catalán se articula en oposición a una imagen negativa de Castilla, esta última tiene también que ir cambiando el discurso nacionalista español a medida que los discursos nacionalistas periféricos cambian.

El siguiente artículo de Pedro J. Vizoso estudia la poesía modernista y el lugar que tiene Castilla en esta: “Castilla como dominio exótico: Lo castellano en la poética del ‘exotismo inverso’ modernista”. Vizoso aclara que, aunque los poetas modernistas tenían la mirada puesta en un París más imaginado que real, si no inventado, y fueron acusados con frecuencia de escapismo o de vivir aislados en una torre de marfil, ajenos a las realidades circundantes, cuando no sumidos en los “paraísos

artificiales” del alcohol y las drogas; esta visión no se corresponde para nada con la verdadera naturaleza del fenómeno. Durante mucho tiempo, la simplificación del momento cultural español de 1900 entre Generación del 98 y Modernismo reforzó mucho esta imagen, subrayando la frivolidad de los poetas modernistas e impidiendo una percepción correcta de su mensaje y vocación multicultural. Los modernistas, a uno y otro lado del Atlántico, no solo afrontaron el “problema” de España, sino que incluso fueron de los primeros en diagnosticarlo, representarlo artísticamente y hasta en plantear soluciones, las cuales tenían como eje central una visión cosmopolita, moderna y esencialmente híbrida de la cultura. En este estudio se plantea la existencia de un “exotismo inverso” modernista, un epifenómeno en el que Castilla y lo castellano se constituyen como uno de los dominios exóticos preferenciales: un espacio, una geografía social y, un paisaje que, más allá de ser meros pretextos para la exploración de las posibilidades del lenguaje modernista, acaban revelándose en sí mismos como textos a descifrar.

Por último, Elena Cueto Asín y David George Jr., en su artículo “*Streaming Isabel: Castilla personalizada en la serie de ficción*”, destacan el impacto de la serie de RTVE *Isabel* fuera de España a través de su divulgación en el canal internacional del propio ente estatal televisivo. La serie, que en sus tres temporadas recorre la trayectoria de Isabel I de Castilla desde su juventud de aspiraciones políticas, hasta su muerte, alcanza el éxito en plataformas digitales como DramaFever, donde se posiciona entre las cinco primeras más vistas de las más de 500 que ofrece a un creciente público norteamericano consumidor de programas dramáticos en lengua española, no únicamente de origen latino. Un análisis de la producción visual (escenarios y atrezzo) y de trama (intriga sentimental y política) determina la imagen de Castilla como escenario histórico imaginario paralelo a otras cortes representadas en series televisivas, como las de Inglaterra o Corea. Ubica el relato fundacional de la nación y de su sino imperial en un marco de modernidad, a partir de la figura femenina de poder, subrayando la peculiaridad del contexto palaciego atractivo y conflictivo. Castilla como locus geográfico, político y sentimental del personaje protagonista convierte a este en metonimia, a partir ya del título, de un centro político de signo católico, guerrero y expansionista. Porque si el concepto de lugar se define como el del espacio al que se otorga un significado, en *Isabel*

viene dado por atributos contenidos en la monarca: belleza de rasgos europeos, exuberante pero austera, delicada pero tenaz, contenida en una personalidad tan pragmática como espiritual. Una imagen que, sin idealizar en exceso (ni en coloración ni argumento) pero sin apología, puede sobreponerse a connotaciones que se construyen en el pasado a partir de una visión foránea.

Los mitos fundacionales castellanos han sido forjados y posteriormente manipulados para exaltación del espíritu nacional español o denostando el mismo. Estos mitos y leyendas tratan sobre todo de la figura de El Cid y la reconquista, los Reyes Católicos y la unificación, Cristóbal Colón y el mal llamado descubrimiento, así como la expansión imperial, por citar las más relevantes de estas narrativas. En todas ellas Castilla desempeña un papel central, aunque solo sea geográfico y, en muchas ocasiones, lo hace de forma determinante para el desarrollo de los acontecimientos que van a marcar el futuro de las gentes castellanas y de numerosos posicionamientos y relaciones españolas a lo largo de la historia. En cualquiera de los casos, es cierto que determinados mimbres del estado español se han tejido con pilares básicos de la cultura castellana. Es Delibes el que aclara y critica esta equiparación: "... aceptándose como buena la torpe ecuación Administración = Madrid y Madrid = Castilla, luego Administración = Castilla. Se daba así una imagen de Castilla centralista y dominadora, más propia de una retórica tonante y vacía, anacrónicamente imperialista, que de un hecho real, fácilmente contestable" (Delibes [Castellanos] 14). Esa imagen de Castilla centralista y dominadora, si bien ha tenido algo de realidad en la evolución de las comunidades históricas hasta la creación del país, tal y como hoy se conoce, también es cierto que su alineación con España ha sido exagerada y pervertida durante buena parte del siglo XX. De sobra es sabido que durante el Franquismo este paralelismo entre Castilla y la administración central se ha desarrollado al máximo; incluso todavía hoy se están sufriendo las consecuencias de estas polarizaciones entre las diferentes regiones de la península.

El fomento de una visión de Castilla única e unificadora se lleva al extremo y "tras la Guerra Civil, los ideólogos de la dictadura española encontraron en el mito de Castilla un motivo sobre el que asentar sus principios e incluso lo potenciaron: había que sacar a la empobrecida Castilla de su marasmo de décadas y recuperarla con los valores

que la habían elevado a la categoría de Imperio: religión, familia, moral, orden...” (Celma Valero 11). Además de la equiparación entre España y Castilla, este paralelismo se usa, como bien aclara Celma Valero, como tabla de salvación y posible trampolín hacia una mejora de la región que nunca llegaría a ocurrir realmente. El hecho de retomar falsamente la idea de Imperio, basado en la religión, la familia, la moral y el orden, hacen que Franco se apoye en Castilla y que esto cause posteriormente ciertas animadversiones contra la región. La realidad es que los tópicos de la historia de Castilla han sido formados a base de arquetipos y de interpretaciones interesadas desde el siglo pasado. En este sentido, la figura de las cortes medievales, los concejos libres y los fueros originarios castellanos se siguen recordando, matizadamente, por historiadores y, a la vez, se sigue abusando, por parte de políticos de cualquier signo manipulando estas representaciones de Castilla (cf. Orduña 17). Los planteamientos aquí formulados y que se han dado por sentados durante largas décadas, procuran una situación de contraste entre Castilla y otras regiones españolas pero, sobre todo, dotan a Castilla de aspectos únicos que marcan el carácter de la zona, por definición y por oposición a otros territorios que no despliegan este posicionamiento⁴.

Estos usos de la región y sus conceptos han hecho que, para muchos críticos e historiadores, Castilla no pueda ser concebida como una región sin más, o que el concepto regionalista no sea suficiente para explicar la morfología cultural de este espacio sino más bien como una evolución histórica: “Hay una primera Castilla, que el uso ha identificado con Castilla la Vieja. Históricamente, es preciso distinguirla como una primera gravitación del Reino asturiano, constituida específicamente en frontera de los ataques musulmanes” (Hernández Sánchez-Barba 20). Esta Castilla geográfica se configura panorámicamente desde una perfiliación orográfica en origen hasta llegar a una armonía en la convivencia con las regiones colindantes⁵. El origen de una región como Castilla

4 Gran debate el que se lleva perpetuando durante siglos sobre las relaciones de Castilla, León y el resto de comunidades de la península, especialmente las otras regiones históricas que la forman: “Pese a la falacia y el infundio, en ningún momento hay constancia de que Castilla y León quisieran anular cualquier otro motivo diferencial de los otros reinos incluidos en la monarquía hispana” (Orduña 28). La controvertida relación histórica entre Castilla y la península no deja de ser una cuestión candente en el debate de las autonomías y los regionalismos que se vienen utilizando políticamente desde el siglo XX, desde casi todos los posicionamientos.

5 Desde las expansiones medievales y propias de la reconquista, la región se ha perfilado hasta

parte del “proceso de colonización, que establecía el principio jurídico de propiedad en forma de ‘presura’ que es tanto como decir que es aquello que se toma con las propias manos” (Suárez Fernández 9). La creación de una tierra labrada directamente por sus pobladores es una premisa de la que parte la región y que sirve de detonante y marcador del carácter conectado con el primer y principal proveedor de sustento que es el sustrato⁶.

Lejos quedan ya las épocas de hegemonía y prosperidad, así como muy presente está la decadencia explícita desde 1898 y que ha ido acrecentándose a lo largo del siglo XX: “Esa prosperidad castellano-leonesa que se inicia en el XV y culmina en el XVI descansaba sobre varios puntos de apoyo: la producción cerealista de la Tierra de Campos, la lana mesteña de extraordinaria calidad, cierto despliegue industrial, un predominio político y un crecimiento cultural” (Domínguez Ortiz 27). Estos pilares para la forja de la región a nivel económico y político de los dos siglos de esplendor castellano hacen que se erijan ciertas bases del pasado glorioso al que muchos aluden al hablar de Castilla y, en ocasiones, de España, más o menos acertadamente⁷. A nivel cultural, también se trata de una época de

hoy, después de haberse imbricado con la mayoría de regiones colindantes en mayor o menor medida: “Se trata de una Castilla de montañas, valles y merindades. La Castilla posterior es la Condal, no integraba La Rioja y solo tenía algunas bases en Segovia y Ávila. Al Reino de Castilla de Fernando I le faltaba una considerable parte del norte, mientras que la de Alfonso VI, con la incorporación del Reino de Toledo y la fusión con León, excede considerablemente la de su padre. La Castilla de Alfonso VIII llegó hasta Cuenca y Jaén” (Hernández Sánchez-Barba 20).⁶ Sin duda uno de los momentos fundacionales de Castilla es su unificación en contra de los musulmanes y la consumación de la Reconquista como un hito histórico que marca uno de los rasgos más distintivos de los primeros pasos de la región que tienen un poso histórico: “Castilla y León era un reino que tenía su origen en el acto de valor que consistiera en resistir al invasor musulmán y luego recuperar el territorio. Precisamente con la toma de Niebla podía Alfonso decir que había terminado la Reconquista, puesto que Granada era tan solo una reserva musulmana dentro de la corona de Castilla. Para que esta conciencia penetrara en la comunidad política, Alfonso decidió redactor una *Crónica General* que, dentro de la otra *Grande e General Estoria*, demostraba esta trayectoria. Desde este momento y a través de un trabajo generacional que pretende poner al día la *Crónica*, Castilla y León [...] dispuso de una clara conciencia histórica.” (Suárez Fernández 16)

⁷ La percepción de la región como potencia económica y militar en su época se debe en buena parte a las alianzas políticas internas, pero en gran medida también al expolio americano, lo que generó una promoción de la cultura inédita en la zona: “La hegemonía económica, política y cultural de Castilla se mantuvo durante los decenios centrales del Quinientos. Su símbolo, el nacimiento de Felipe II en Valladolid, ciudad por la que siempre sintió predilección; la dotó de sede episcopal y se tomó gran interés por su reconstrucción después del incendio de 1561.

florecimiento de las artes, no solo en la región castellana, sino también en el resto de la península, aunque progresivamente va en decadencia a partir de finales del siglo XVII⁸.

Esta combinación del origen castellano con las conexiones suprarregionales que han planteado ciertos paralelismos con el resto de la península, han hecho que la zona presente ciertas dificultades para definir de manera específica su identidad, ya que se debate entre lo local y lo nacional, y esto se traduce a buena parte del imaginario colectivo:

Los intentos de dibujar una identidad diferencial para la Comunidad Autónoma de Castilla y León siguen también chocando con grandes problemas de definición, dada la estrecha imbricación histórica entre lo español y lo castellano-leonés. Los contenidos que se proponen como elementos diferenciales de la identidad regional (la lengua, la riqueza del patrimonio histórico, artístico y natural) apuntan, en efecto, a algunos elementos característicos de la vida cultural de la Comunidad, pero carecen de verdadera especificidad en el conjunto español. (Esteban de Vega 350)

Esta diferenciación de la que gozan otras regiones y que permite distanciar y dotar de originalidad a otras comunidades autónomas del panorama español, se encuentra bastante diluida en el caso castellano. No obstante, esta aparente confusión, no es más que una característica más que aporta al carácter castellano una especificidad distintiva y que forma parte de la naturaleza de lo castellano⁹. Como en numerosas caracterizaciones, es difícil en ocasiones limitar las descripciones a categorías concretas y las etiquetas no hacen más que limitar la aclaración de los conceptos, igualmente Castilla es difícil de ser etiquetada.

El predominio cultural seguía intacto; su enlace con la primacía política se hacía a través de los colegios mayores, acaparadores de los puestos directivos de la cúpula eclesíastica y civil.” (Domínguez Ortiz 33)

⁸ Tras llevarse la capitalidad a Madrid la región cae en una decadencia de la que ya nunca saldrá plenamente, así que en el siglo XVIII no se consigue recuperar el esplendor, a pesar de los intentos de la Monarquía: “iniciativas como el Canal de Castilla, la apertura de los puertos en las cordilleras circundantes, la fábrica de tejidos de algodón de Ávila, la de cristales de La Granja y otras testimoniaban una real voluntad de incentivar su recuperación, y en parte se consiguió, pero el predominio de la periferia era un hecho evidente e irreversible” (Domínguez Ortiz 45).

⁹ La amalgama de pueblos que se han asentado en la región castellana a lo largo de los milenios han dejado tal poso que es difícil asociar claramente Castilla con alguno de estos antiguos pobladores de manera específica: “El proceso étnico de los pueblos que forman la Castilla histórica ofrece una tendencia de estabilización, pues asimilan lentamente las influencias griegas, filtradas a través de los pueblos ibéricos. Pronto, sin embargo, este tranquilo proceso evolutivo fue interrumpido por las consecuencias derivadas de las luchas hegemónicas producidas en el Mediterráneo occidental por la competencia comercial y militar entre griegos, cartagineses y romanos” (Hernández Sánchez-Barba 27).

Uno de los principales denominadores comunes de este libro es el viaje, bien sea físico y explícito o metafórico. Se tratan estudios en los que el viaje ha sido anterior y la crítica se enfoca en la evocación de Castilla por parte de extranjeros; ya que la travesía por España, concretamente por Castilla, ha sido uno de los trayectos tradicionales y todavía hoy se continúa asentando como destino primordial:

España ha supuesto desde siempre una atracción especial para todo tipo de viajeros. Políticos, vendedores de biblias protestantes, paseantes, poderosos, aventureros y ex-soldados, potenciales *hommes de lettres* y personajes de salones literarios, constituyen una multitud abigarrada que nos hace recordar el cuento de Chaucer. Bretones, americanos, italianos, franceses, alemanes y escandinavos han vagabundado a lo largo y ancho de la península. (Burns 7)

Estos viajeros en multitud, como aclara este crítico, llegan desde diferentes enfoques y preocupaciones dispares, así como variadas latitudes. La combinación de la realidad castellana, con su personal perspectiva se establece como elemento central en las obras primarias analizadas en los distintos artículos que comprenden este estudio. Esa mezcla de opiniones y, sobre todo, experiencias, hace que la pluralidad de Castilla genere un mosaico de visiones y versiones de cada uno de estos pasos por la región¹⁰.

Las llegadas, pasos y estancias de estos foráneos por Castilla dejan un tipo de huella en estos exploradores que en numerosas ocasiones fuerza a la revisión de la región, el recuerdo y la evocación. Y es que, en muchas ocasiones, el viaje como tal va a ser el detonante para la reinterpretación después de cierto tiempo de aquella Castilla visitada. Así, Simone de Beauvoir recordaba los momentos especiales de su viaje por la zona:

En Ávila, por la mañana, he abierto las contraventanas de mi habitación; he visto, contra el azul del cielo, las torres sobriamente alzadas; pasado, porvenir, todo se ha desvanecido; ya no había allí más que una gloriosa presencia: la mía, la de sus murallas, era la misma y desafiaba al tiempo. Muy a menudo, en el curso de estos primeros viajes, me han petrificado semejantes dichas [...] me había gustado la dureza de las mesetas castellanas... (780)

No parecen especialmente sorprendentes las descripciones físicas y paisajísticas que ofrece, lo que sí cabe destacar son las emociones y lo sobrecogedor de la sensación ante la visión imponente de la muralla

10 La pluralidad española se extrapola a otras regiones ya que la mayoría de visitantes llegan a varias comunidades en un solo viaje. Las aventuras, episodios y perspicacias de las narraciones de viajes tienen en numerosas ocasiones el denominador común de relatar la anécdota del paso por la península que ofrece un mosaico de opiniones y experiencias en España por parte de estos extranjeros (cf. Burns 7)